

## *Editorial en español*

# **Educación para la Misión**

## **Mark “Marcos” Kempff**

No existió, ni existe, ni existirá otra persona como Jesucristo. Nadie puede vivir una vida perfecta y a la vez sobrellevar todas las penas y culpas que todos sufrimos en esta vida. Nadie, como Jesús, ha demostrado un amor incondicional. Nadie murió como él, dando su vida como precio para perdonar toda nuestra maldad. Nadie, ni con todos los avances de la ciencia, después de muerto, puede resucitar al tercer día, para vivir eternamente con un perfecto cuerpo humano.

Después de su resurrección de los muertos, Cristo ascendió al Padre y “está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.” Como el Señor resucitado y exaltado, él reina en todo el universo con la majestad de Dios, todavía reteniendo su humanidad, que ha sido glorificada y que participa del poder y majestad divinos. Dondequiera que Dios esté y ejerza su soberanía, allí está Cristo, ejerciendo la soberanía de Dios también según su naturaleza humana. El reinado de Cristo, el Dios-hombre, el crucificado-resucitado, se realiza entre los que son de él, entre los suyos, por medio del Evangelio, la obra del Espíritu Santo y los Sacramentos. Cristo reina mediante su amor y a través de la obra del Espíritu Santo, nuestro santificador. Solamente Jesucristo, el verdadero y auténtico Dios-hombre, puede prometernos: “Y yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). ¡Lo promete y lo cumple!

Cristo hizo todo esto para darnos paz, amor, esperanza y vida eterna. Con su muerte y resurrección, Cristo nos da el perdón de los pecados, sin que nosotros lo merezcamos. ¡Qué preciosa promesa de Jesús! Ahora podemos proclamar estas Buenas Noticias entre todas las naciones. ¡Es la misión a la cual Cristo nos ha llamado!

En este volumen de *Missio Apostolica*, Usted, querido lector, encontrará una importante colección de artículos relacionados con la formación misiológica y teológica de quienes hemos sido llamados a la misión de Dios. Este llamado nos apasiona porque hemos sido llevados a la fe en Jesucristo por medio del Espíritu

---

*Mark “Marcos” Kempff was born in Guatemala, grew up in Central America, and served as a LCMS missionary in Latin America for thirty-three years (Venezuela and Panama) as a DCE, theological education program developer, professor, church planter and theological education network facilitator. He is currently at the Center for Hispanic Studies of Concordia Seminary, St. Louis, as instructor and administrative assistant.*

Copyright 2015 Lutheran Society for Missiology. Used by permission.

View *Missio Apostolica* 23, no. 2 (2015) at <http://lsfm.global/>.

E-mail [lsfmissiology@gmail.com](mailto:lsfmissiology@gmail.com) if you would like to subscribe or order a print copy of this issue.

Santo, y hemos recibido (y seguimos recibiendo) su encargo para anunciar y proclamar el Reino de Dios. El encargo se hace corporativo cuando los cristianos se reúnen como congregación en torno a la palabra de Dios, se hace personal en el camino de la vida cuando uno, según su vocación, anuncia las Buenas Noticias de Jesús. La proclamación, motivada y sostenida por el Espíritu Santo, anuncia el perdón, transforma corazones, cambia vidas, trae esperanza, promueve la reconciliación y asegura el consuelo a las personas que son declaradas total e incondicionalmente justas por el amor de Jesucristo y la gracia de su redención.

Por eso la educación para la misión de Dios es vital para la iglesia, tanto en el ministerio de cada congregación como en la vida de cada creyente.

Agradecemos al Comité Editorial de *Missio Apostolica* por la oportunidad de incluir este breve editorial en español. Al leer los siguientes valiosísimos artículos, recomiendo considerar los siguientes cinco pensamientos:

1. La formación del pueblo de Dios instruye a cada miembro a ser discípulo y a caminar junto al Señor Jesucristo para servir al prójimo comunicándole el amor de Dios.

2. La promoción e incentivación de diversas vocaciones sirven para “hacer misioneros” en diversos contextos.

3. La capacitación, por ejemplo, Bíblica, teológica, sociológica, psicológica, en y desde el campo del diario vivir, sirve para promover la misión de Dios.

4. La misión de la iglesia, fomentando el trabajo coordinado y en equipo, multiplica esfuerzos.

5. Cada persona, reconociendo sus capacidades, posibilidades y esfuerzos, así como también sus necesidades, limitaciones y frustraciones, es llamada a anunciar las Buenas Noticias de Cristo.

Demos gracias a Dios porque él ha obrado en Cristo la salvación a favor de toda la raza humana.

Nuestra nueva vocación misionera nos motiva a:

a. Aprovechar todas las oportunidades que se presentan para acercarnos a otras personas, aún en sus desafíos, a fin de ser instrumentos de Dios para el bienestar de esas personas, al promover el cambio, el crecimiento, la madurez, la innovación y mejoramiento personal en el nombre de Cristo.

b. No tener miedo de experimentar, correr riesgos y aprender de las inevitables dificultades, equivocaciones y sinsabores de la vida, en el nombre de Cristo.

c. Conservar un espíritu emprendedor y optimista aún ante el fracaso y los reveses; alimentar y abrazar todo lo que levanta el ánimo y ennoblece las oportunidades de anunciar a Cristo.

d. Incluir y capacitar a otros a fin de compartir una visión, donde los valores, el interés, la esperanza y los sueños no se apaguen.

e. Promover la cooperación y la colaboración al destacar metas en común, fomentando la confianza mutua.

f. Motivar a otras personas al delegarles autoridad, poder de decisión para escoger entre alternativas, apoyo para desarrollar competencias y destrezas y recibir responsabilidades importantes.

g. Ser un ejemplo de Cristo para otros mostrando congruencia entre conducta y valores, en el nombre de Cristo.

h. Saber usar los logros y los desafíos para promover y edificar compromiso a la misión de Dios, en el nombre de Cristo.

i. Reconocer las contribuciones de todos los que colaboran en esta misión, celebrando con regularidad la obra de Dios entre nosotros, en el nombre de Cristo.

Y sobre todo, ser agradecidos. Jesús murió en la cruz. Allí dio su vida para el perdón de nuestros pecados para restaurarnos a una relación de paz con Dios nuestro Creador y nuestro prójimo. Esta es razón suficiente para dar a conocer quién es, qué fue lo que hizo por la humanidad, cómo actúa a favor de nosotros y qué hará en el futuro y por la eternidad.

Solo a Dios sea la gloria.